

VICTOR PRADERA Y EL AUTONOMISMO VASCO

R. Gamón
12-2-78

En 1913 el triunfo de los aliados en la guerra europea representó —como sucedería con análogo triunfo en 1945— una puerta abierta a las tendencias revolucionarias y disgregadoras de nuestra patria. Cambó y los nacionalistas catalanes prepararon un proyecto de Estatuto autonomista bajo el aspecto de «restitución foral íntegra». Un diputado por Pamplona, don Manuel Aranzadi, pretendió que Navarra se sumase a ese movimiento nacido en las provincias vascongadas.

La Diputación de Navarra convocó una asamblea con asistencia de los diputados a Cortes, el Consejo Foral Administrativo y representación de los Ayuntamientos. Pradera —diputado a la sazón por Pamplona—, que se encontraba enfermo en San Sebastián, se apresuró a acudir a ella. Con don Cesáreo Sanz Escartín, senador y antiguo general carlista, y con Joaquín Beunza, redactó una moción para los trabajos de reivindicación foral que se iniciaban, en la que quedaba bien a salvo la integridad nacional española. Esto no satisfizo a los nacionalistas que redactaron una contrapropuesta, presentada a nombre del Ayuntamiento de Pamplona, que pedía la total derogación de la ley de 1839 que limitó los Fueros de Navarra, y ello sin alusión alguna a la unidad nacional.

El discurso de Pradera —con que habrían de culminar estas conversaciones— fue una pieza maestra que abrió los ojos a cuantos navarros y carlistas habían sido momentáneamente seducidos por la maniobra nacionalista, y dio al traste con ésta. En él demostró que el sistema foral completo no podía ser resucitado, y menos de la noche a la mañana; que las antiguas Cortes por estamentos no podían ser convocadas en el estado actual de la sociedad; que tal intento crearía un desconcierto general en el que naufragaría la continuidad de la vigencia foral; que, en fin, la reivindicación foral de Navarra nada tenía que ver ni histórica ni jurídicamente con el nacionalismo vasco, de naturaleza racista y fruto de una perversión sentimental.

Navarra no se sumó al movimiento secesionista orquestado simultáneamente en Cataluña, País Vasco y Galicia, y su régimen foral no se vio comprometido en una oscura maniobra de resultados inviables en la que, cuando menos, se

comprometía la unidad y el prestigio españoles. De esta larga y victoriosa polémica nació el más conocido de los libros de Pradera: «Fernando el Católico y los falsarios de la Historia», alegato incontestable contra la falacia histórica y la defección espiritual que constituía el nacionalismo vasco, y contra los hábiles amaños eruditos de Sabino Arana y de Campión, principalmente.

Su segunda gran actuación frente al secesionismo vasco, y el de defensa de la limpia foralidad de Navarra y las provincias, tuvo lugar durante los tormentosos años de la Segunda República. El separatismo catalán había obtenido de aquel anárquico régimen el llamado Estatuto de Cataluña, especie de carta autonómica de un semi-Estado catalán tan centralista dentro de sus límites como los del Estado liberal para los del resto del país, y semillero de inmediatas sediciones. La minoría parlamentaria vasconavarra pretendió obtener un Estatuto análogo esgrimiendo (¡entonces!) el argumento de la persecución anticatólica en España y la farisaica conveniencia de poner un dique autonomista que preservara la religiosidad del país. (¡Quién les diría que años más tarde esa misma reivindicación se haría con carácter marxista-leninista!)

Los navarros, ante las próximas elecciones, ofrecieron un puesto en la candidatura vasconavarra de Pradera. Este les preguntó si la mayoría de esos candidatos estaban conformes en el proyecto de Estatuto. Ante su respuesta afirmativa, Pradera rechazó su puesto en la candidatura con estas enteras y proféticas palabras:

«Soy enemigo de un Estatuto concedido por la República a imagen y semejanza del que ha otorgado a Cataluña (es decir, totalmente ajeno a nuestras instituciones). El deber español y católico es hoy robustecer la unidad patria para que España salga de este caos con fuerza para reconstruirse. Este es un régimen transitorio porque es antiespañol. Para combatirlo estoy aprestado cuando los momentos sean propicios. Nada me importan la vida ni la libertad ni la hacienda. Lo digo sin jactancia, con serenidad y en plena responsabilidad. La primera voz que impugnaría a ese Estatuto sería la mía.»

El Estatuto vasco-navarro no llegó a ser una realidad, pero la entereza de Pradera le valió por aquel entonces una sentencia de muerte que no tardaría en cumplirse (San Sebastián, 1936).